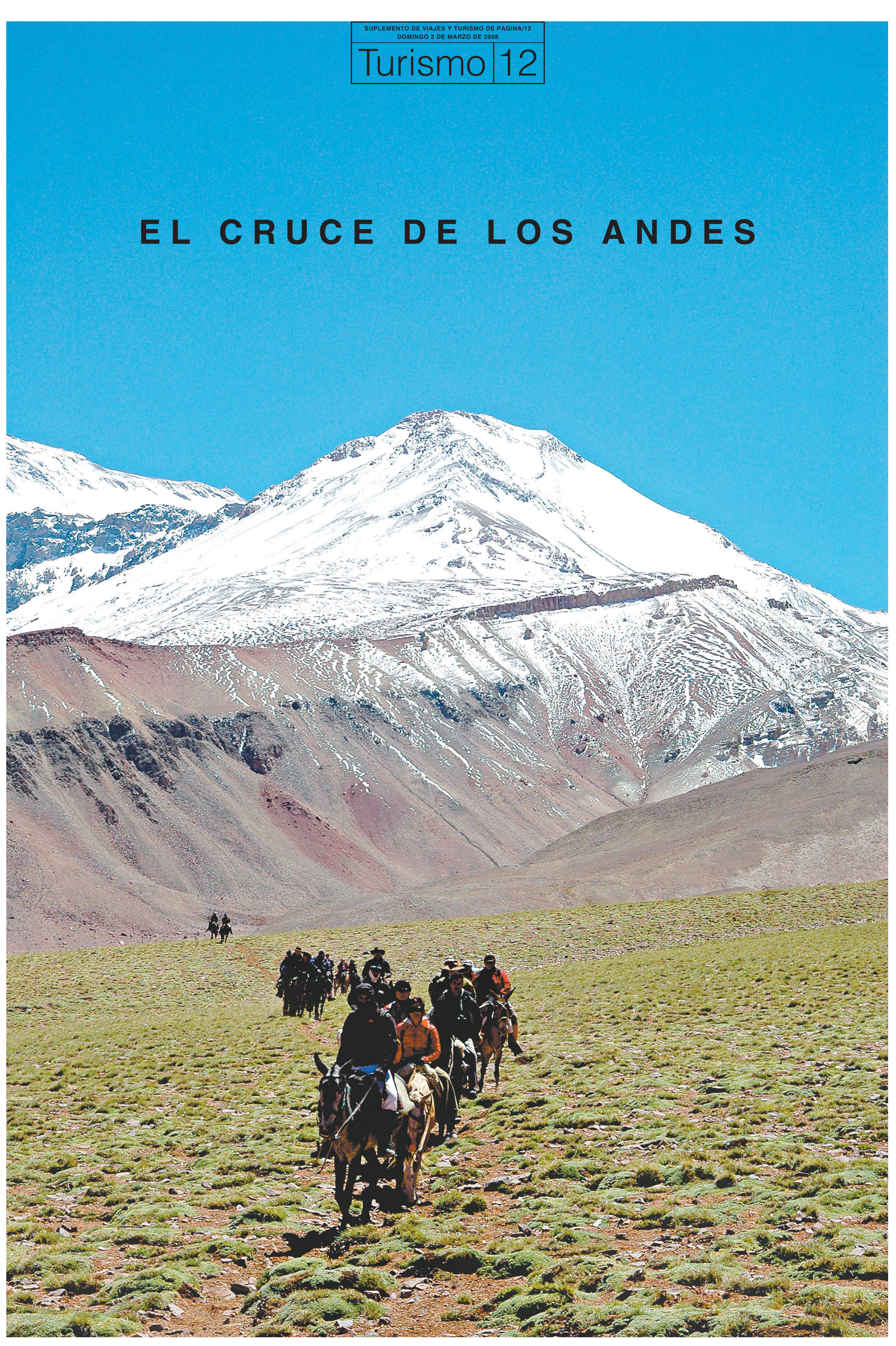
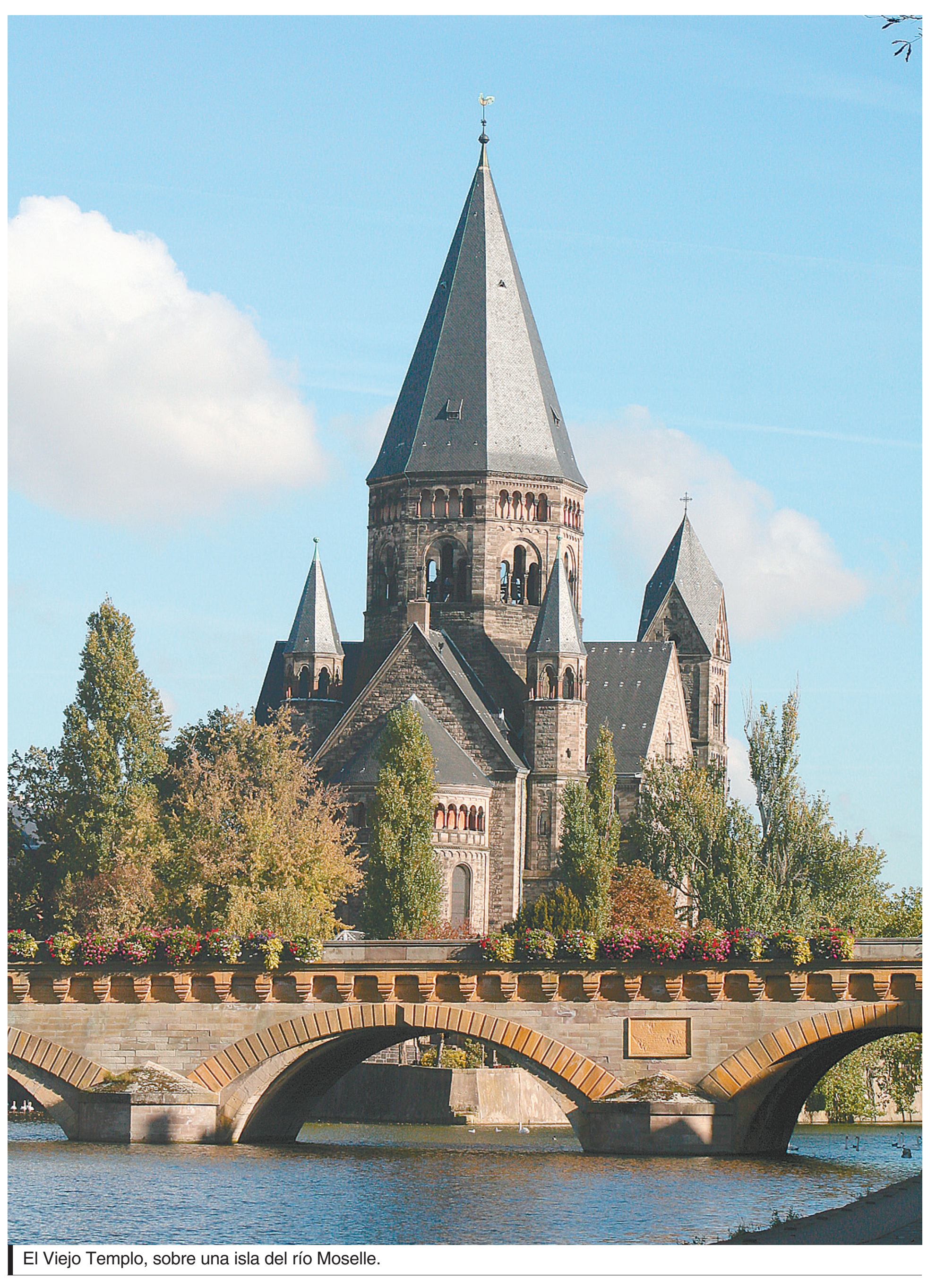
SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 2 DE MARZO DE 2008
Turismo 12

EL CRUCE DE LOS ANDES



Desde San Juan, una expedición a lomo de mula para revivir la histórica gesta del general San Martín.


El Viejo Templo, sobre una isla del río Moselle.


Vitral de Marc Chagall en la Catedral de Metz.

TEXTO Y FOTOS
DE GRACIELA CUTULI

FRANCIA *En la región de Lorena*

Metz, un nuevo

Durante mucho tiempo confinada a la imagen de ciudad-cuartel, en el este de Francia, Metz decidió apostar al turismo, con una línea TGV desde París, una sucursal del Centro Pompidou y un casco urbano donde se escribieron más de 20 siglos de historia.

Hasta hace pocos años, incluso su nombre sonaba áspero y no muy atractivo, austeramente germano. Con alguna razón histórica: Metz había sido durante siglos la base militar de Lorena, una región estratégica que se disputaron Francia y Alemania durante siglos. El dato, claro, no ayudó a agregarle glamour a su imagen. Metz siempre fue una especie de "patito feo" frente a la elegante, refinada y cultivada Nancy, la capital del rey de Polonia exiliado en Lorena, una perla de la arquitectura clásica. La elección no se planteaba siquiera cuando se trataba de hacer turismo en Lorena, aunque las dos ciudades no disten siquiera cien kilómetros una de otra. Sin embargo, los umbrales del siglo XXI están cambiando las cosas. Metz revalorizó su arquitectura mediante grandes obras, llamó a sus hijos y sus huéspedes más famosos para hacerles propaganda –entre ellos a Verlaine y Rabelais– y se transformó en una ciudad que apostó al futuro, convirtiéndose en poco tiempo, gracias a la llegada del TGV que la conecta en un par de horas con el centro de París, en el más novedoso de los destinos turísticos del este de Francia. Ahora, pasando por Lorena hay que conocer Nancy y Metz... Y por si faltaban razones, el año próximo abrirá un anexo del famoso Centro Pompidou de París, que ya está en los focos de la actualidad francesa y se convierte en el símbolo del renacimiento de la ciudad.

UNA LLEGADA A 320 KM/H
Siguiendo el ejemplo de proyectos de descentralización de grandes museos, como el Guggenheim en Bilbao y la Tate Gallery en Liverpool, Metz se prepara para recibir al Centro Pompidou y tener su propia colección de arte contemporáneo. En la actualidad, todo un barrio está siendo remodelado y construido para acompañar al flamante museo, que tiene previsto abrir sus puertas durante el año que viene. Mientras tanto, los vecinos y los impacientes pueden visitar la Casa del Proyecto, que muestra cómo será el futuro edificio, con la forma de una inmensa carpa, como la un circo ultramoderno. En esta casa, realizada a partir de dos contenedores, las guías explican las ventajas del proyecto ganador, la elección de los materiales y el avance de las obras, con muestras, maquetas y planos.

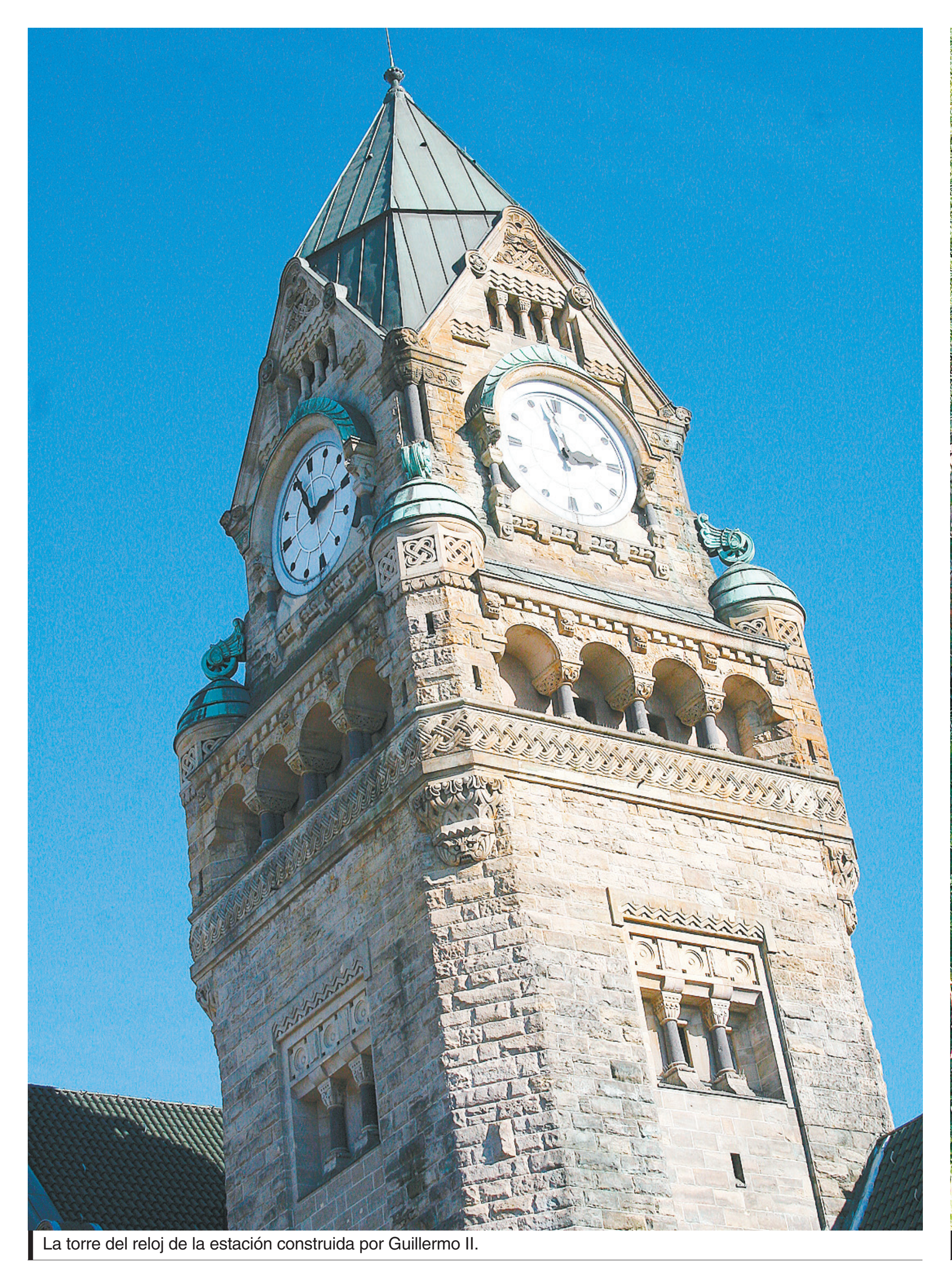
El nuevo Pompidou ya es el símbolo del renacimiento de la ciudad, que en realidad empezó su mutación tecnológica hace varios años, cuando las minas de carbón y la industria pesada que la hacían vivir cerraron una tras otra, y sumergieron a Lorena en una profunda crisis. La llegada del TGV, a mediados del año pasado, es otro símbolo. El ramal es el más nuevo de Francia y llega hasta Alsacia. Para arribar a Metz, basta un viaje de 82 minutos diez veces por día, desde el centro de París: en algunos tramos del viaje, el tren alcanza la vertiginosa velocidad de 320 km/h. En pos de hacer olvidar su pasado militar, Metz convirtió otro de sus emblemas, el Arsenal, en una de las salas de espectáculos más bellas de Europa, gracias a trabajos de reestructuración dirigidos por Ricardo Bofill.

Las obras nuevas conviven con las anteriores, y suman sus matices al calidoscopio de arquitecturas que conforma la ciudad. Barrio por barrio, época tras época, Metz es como un catálogo de estilos. El barrio moderno del Amphitéâtre, por ejemplo, nace al lado del Triángulo Imperial, un área edificada en tiempos de la anexión de Lorena a Alemania, a principios del siglo XX. En el centro se encuentran los edificios medievales, no muy lejos de clásicas plazas a la francesa del Gran Siglo.

LA CORTE DE ORO Lo más sorprendente para el visitante es, sin duda, este Triángulo Imperial, el barrio de la estación de ferrocarril. Fue construido de manera muy homogénea a principios del siglo XX, en un estilo muy prusiano y con grandes lujos, para servir de vidriera a las fuerzas y riquezas del Imperio Alemán. Aunque Metz se sintiera en verdad más anexada que adoptada... El mayor símbolo del barrio es la estación misma. A la vez monumental y grandilocuente, fue diseñada como un faraónico decorado de teatro, para las ocasiones en que el emperador llegaba de visita a la ciudad. Las anchas escaleras, las salas privadas que exhibían un lujo impensado en otras estaciones de ferrocarril de provincia de la época, las salas de espera jerarquizada (había para los obreros y campesinos, para las clases burguesas y para los aristócratas), el balcón desde donde el emperador saludaba a los ciudadanos durante sus llegadas y partidas: todo es exageradamente grande y monumental. La historia, que es cínica, no dejó que el tren más veloz pase por sus andenes, y hubo que construir, a pesar de tanto monumentalismo, una nueva estación para el TGV en otro barrio de la ciudad. La estación del káiser era moderna... pero no lo suficiente por los trenes del siglo XXI. Al me-

DATOS UTILES

■ **Cómo llegar:** por TGV, desde la estación de Paris-Est o desde Francfort en Alemania.
■ **Centre Pompidou de Metz:** abrirá sus puertas en 2009. En la segunda parte de este año se instalará la flecha que corona la estructura exterior y los techos. La Casa del Proyecto abre mientras tanto cada día de 13 a 20, de mayo a septiembre, y de 11 a 17 de octubre a abril. Más datos en *www.centrepompidou-metz.fr*
■ **Gastronomía:** algunos imperdibles de las Tables de Rabelais son la *quiche* de Lorena, los *pâtés* lorenos (con carne de cerdo), los postres con ciruela *mirabelle*, los aguardientes de *mirabelle* y los *macarons* de Boulay, cuya receta se remonta a 1854.
■ **Informes en la web:** *www.franceguide.com* y *http://tourisme.mairiemetz.fr* - *tourisme@ot.mairie-metz.fr*



La torre del reloj de la estación construida por Guillermo II.



Busto de Paul Verlaine, cerca de su casa natal.

destino

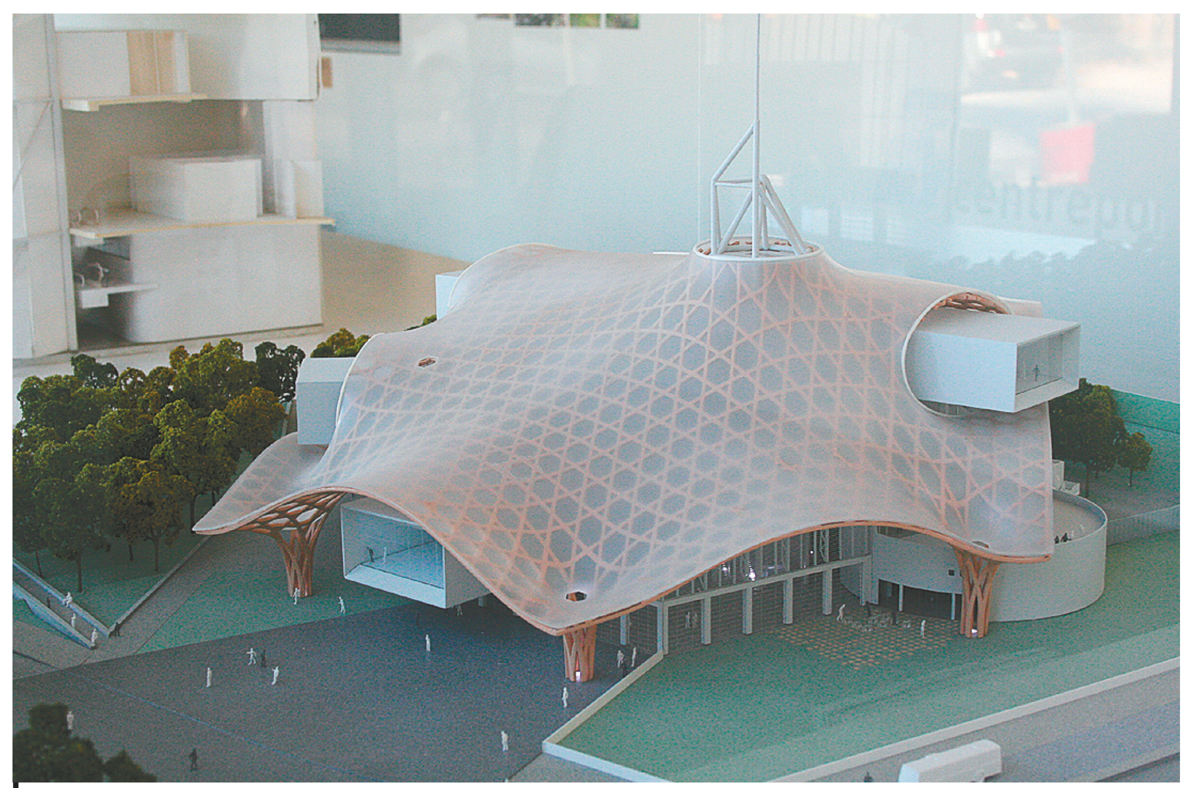
nos, queda en la historia como una de las pocas estaciones de trenes monumentales que hoy día se visitan como destino turístico propio, junto con la de Limoges, en el centro de Francia.

Por su parte la Cour d'Or, en el centro de la ciudad, que domina el cauce del Moselle, lleva a otra época. La imponente masa del Arsenal, hoy convertido en un teatro, fue construido sobre la explanada donde se encontraba la urbe merovingia del siglo VI. Algunos viejos edificios subsisten todavía, como la iglesia St. Pierre aux Nonnains, que tiene paredes que se remontan a la época romana (quedan algunas ruinas de unas termas) y al siglo V. La Cour d'Or –la "corte de oro"– hace referencia a la corte del rey de Austrasia, uno de los reinos francos que surgieron luego del desmantelamiento del Imperio Romano. Metz fue la capital de este reino, reaparecido luego a lo largo de la historia como Lotaringia, el reino de uno de los tres hijos de Carlomagno, y más tarde como Lorena, la eterna región disputada por Francia y Alemania, y constituida originalmente por otros dos reinos francos.

En el barrio de la Cour d'Or se puede ver, además de la iglesia, considerada como la más linda del Alto Medioevo en Francia, una capilla de los Templarios del siglo XII, el Palacio del Gobernador durante el episodio imperial alemán de 1902, el Palacio de Justicia del siglo XVIII y una antigua abadía. Como si fuera poco, ahí está también la casa natal del poeta Paul Verlaine. Los amantes de las bellas letras, sin embargo, no tienen tanta motivación para llegar hasta aquí, ya que lo único que se puede ver de la casa es una placa recordatoria.

LA LEYENDA DEL HORRIBLE GRAOULLY Los demás ilustres *mesans* (el gentilicio para los habitantes de Metz) son Ambroise Thomas (el compositor de la ópera *Mignon*, que fue todo un hit en el siglo XIX), el padre de la Unión Europea, Robert Schuman; Jean-François Pilâtre de Rozier (uno de los pioneros de la conquista del aire, que construyó uno de los primeros globos aerostáticos) y François Rabelais, que se exilió un tiempo en Metz, entre 1545 y 1547, debido a sus problemas con los poderes y la censura en Francia. De todos ellos, Rabelais es el más visible. Una asociación de restaurantes se remite al autor de *Gargantúa y Pantagruel*, grandes comensales si los hay, para proponer lo mejor que Lorena y Metz tienen que ofrecer gastronómicamente. Una visita temática de la ciudad se organiza incluso bajo el aspecto gastronómico, combinando visitas en el centro y buenas mesas. Los miembros de esta asociación tienen como objetivo defender las tradiciones culinarias de la región y, por supuesto, entre sus especialidades no falta la *mirabelle*, una pequeña ciruela dorada que es también el emblema de Lorena. En todos los platos, en todas las cartas, la *mirabelle* hace su aparición de una forma u otra: entradas, platos principales, postres y hasta licores y *patisseries* conocen de su sabor dulzón y su brillante color amarillo. A fines de agosto, la ciudad le rinde un homenaje especial, con fiestas que se parecen más a un carnaval que a una celebración agrícola: es entonces la hora de los corsos, desfiles, música, aguardiente (de *mirabelle*, por supuesto) y buena comida. Este es uno de los festejos típicos de la Metz, junto con las Montgolfiades, en septiembre, que recuerdan las hazañas de Rozier en los tiempos de la Revolución, para elevarse por los aires en un por entonces precario globo aerostático.

La Catedral es otro de los lugares imperdibles de Metz. De estilo gótico, fue construida entre los siglos XIII y XVI. Hay que buscar en su interior, en el costado izquierdo de la nave, los luminosos vitrales concebidos por Marc Chagall. En otra iglesia, Saint Maximin, los vitrales fueron realizados en cambio por Jean Cocteau... toda una curiosidad. La ciudad está llena de sorpresas así, como una caja de Pandora que se abre y deja salir cada vez lo menos pensado: por ejemplo, es frecuente ver un dragón en vidrieras, monumentos y otros lugares. Se trata del Graoully, un horrendo monstruo que azotó Metz en oscuros y pasados tiempos, según las leyendas, hasta que San Clemente lo hizo irse para siempre. Hoy día, los tiempos de dragones fueron recuperados por el turismo, que transformó las viejas creencias en leyendas locales, para poner sal a las visitas. Graoully se despierta cada vez que se abre la caja de Pandora, fuente también de otras sorpresas, como una Opera a la Garnier, un puerto sobre el Moselle, las casas de los ricos mercaderes de la República de Metz del siglo XVI, o la Puerta de los Alemanes, que más que una puerta parece un castillo atravesado por un arroyo. La mayor sorpresa es, sin duda, que haya tanto para ver y conocer, si se pensaba que era solamente la ciudad de los Tres Capitanes, aquellos de la canción "En passant par la Lorraine" (un canto tradicional que aprenden los chicos en la escuela francesa).



Maqueta del futuro Centro Pompidou. Una inmensa y ultramoderna carpa de circo.



La larga fila de mulas y jinetes de la expedición se apresta a subir el Espinacito.



Subiendo la cuesta del Espinacito, a 4800 metros de altura. Atrás, la cumbre nevada del Aconcagua.

TEXTO Y FOTOS: GUIDO PIOTRKOWSKI

SAN JUAN *Tras las huellas del general San Martín*

Alta montaña de

Crónica de un viaje a lomo de mula a través de la Cordillera de los Andes, siguiendo la huella sanmartiniana. De San Juan hasta el límite con Chile, la emocionante experiencia de revivir hoy la epopeya del Libertador y sus soldados. A cada paso por esa abrupta geografía, entre gigantescos cerros y vertiginosos precipicios, la gesta histórica cobra mayor dimensión.

En el imaginario colectivo, atravesar la Cordillera de los Andes parece ser algo reservado sólo para los próceres como el general San Martín. Cuando de niños en la escuela nos relataban una y otra vez la epopeya libertadora, quedábamos convencidos de que el cruce de los Andes era para los utópicos, aunque en aquella época ni siquiera supiésemos el significado de esa palabra. Pero como alguien dijo por ahí, parece ser que las utopías pueden volverse realidad, y entonces, atravesar la inmensa cordillera deja de ser sólo un sueño lejano y exclusivo de los héroes de bronce. En fin, la gesta que al Libertador le llevó 24 días, hoy la podemos realizar en seis, a ocho horas promedio a lomo de mula. Seis duras e inolvidables jornadas donde la fuerza de la naturaleza dice presente una y otra vez, con paisajes imponentes y tramos donde la abrupta geografía andina pone a prueba cuerpo y mente.

Es allí cuando uno toma verdadera dimensión del cuentito escolar. ¿Cómo es posible que unos 5 mil hombres, con ganado, armas pesadas y demás carga atravesaran esa cordillera hostil, inmensa y bella, hace casi 200 años? ¿Héroes serían los de antes?

Este no es un viaje más, porque estas montañas guardan secretos de nuestro pasado, porque atravesarlas significa pisar un suelo con historia. Son muchas horas montados arriba de las mulas, cruza de yegua y burro que resulta en un híbrido y terco equino. Pero que son los mejores animales para semejante aventura, aunque uno pelee y reniegue con ellos, aunque se rebelen y no quieran ser montados, aunque se cabreen y nos tiren en medio de los cerros.

I LA PARTIDA La aclimatación a la altura es esencial. Por eso, antes de subirse a las mulas, se pasa la noche en el pequeño pueblo de Barreal, en Calingasta, a 180 kilómetros de la capital sanjuanina. A la mañana temprano la expedición hace un último tramo en 4 x 4 hasta Estancia Manantiales, previo paso por Hornillos, un paraje que quedó inmortalizado en un viejo billete de mil pesos.

Manantiales es el punto de partida hacia el corazón de los Andes, y también el inicio de la difícil pero necesaria relación mula-hombre. Así quedó demostrado ni bien salimos. Tres caídas en la primera media hora no eran buen augurio, pero como alguien dejó entrever, “una vez en Manantiales, no hay vuelta atrás”. Así que no queda más remedio que seguir, contra viento, miedo y mareos. Acostumbrarse al animal, a los cambios de clima, no resulta fácil. Y no moverse mucho encima de la mula es una de las recomendaciones más repetidas por los responsables de la expedición. A un par de horas de haber salido se impone la primera parada obligada para almorzar, en un sitio conocido como Los Hornitos. Algunos aprovechan para recargar sus caramañolas en el río, otros se atreven a “besar” un whisky, y las mulas beben el agua fresca de la vertiente.

Acto seguido, montar y seguir camino al primer refugio: Altos de las Frías, que le hace honor a su nombre. Ráfagas de viento de unos 60 km por hora y temperaturas que llegarían a los 10 grados bajo cero durante la noche nos reciben en aquel paraje ubicado a unos 2500 metros de altura. Muy cansados, nos rendimos ante unas sabrosas sopaipillas (tortas fritas), y algo caliente en espera de la cena: un buen asado vacuno para recobrar fuerzas.

Por la noche, el viento pega fuerte contra las paredes de las carpas y el frío helado no da tregua; los efectos de la altura se sienten de una manera u otra, y dormir se convierte en una tarea difícil para la mayoría de los expedicionarios. Y es sólo el comienzo, una muestra gratis del duro viaje por venir.

II ALTA JORNADA La mañana, como no podía ser de otra manera, es helada, y lavarse la cara en el río se transforma en una fría misión. Los músculos, entumecidos tras una larga noche, no responden fácilmente y aún nos espera un largo día de desafíos andinos a lomo de mula.

Desayunamos, cargamos nuestro equipaje personal sobre los animales –me pregunto si habrá que abrigarse o en pocos minutos estaré sofocado bajo el sol– y el resto va en las mulas de carga. Así partimos en caravana, listos para el mayor ascenso de toda la travesía: el Cordón del Espinacito, a 4800 metros de altura. A poco de salir, y luego de atravesar el río, ya se registran unas cuatro caídas, la de este cronista incluida. Las mulas y la cordillera se hacen respetar.

Camino al Espinacito, se erige imponente a nuestro lado el cerro del Alma Negra (y vaya a saber uno la historia de semejante nombre). El andar cansino de las mulas –tan especial y del cual dependemos–, y el balanceo que produce, adormece por momentos. El no quedarse dormido resulta un esfuerzo extra.

Antes de subir la empinada cuesta del Espinacito, hacemos un alto: hay que tomar precauciones y ajustar bien las cinchas. La altura se hace sentir, algunos mascamos coca para combatirla; otros optan por los fármacos. La mula hincha y deshincha la panza durante la subida, y esto, sumado al propio movimiento, afloja las monturas y corremos peligro de rodar cuesta abajo. La siguiente recomendación es ayudar al animal con el cuerpo, es decir que hay que tirar el propio peso hacia delante. Y no moverse mucho.

Es momento de iniciar la cuesta arriba. Curva y contracurva, los animales pisan firme sobre la huella. Frenan, hay que darles su tiempo. Arrancan de nuevo. A medida que ascendemos, la vista es, sencillamente, maravillosa. Repaso las instrucciones. Mantenerme quieto es esencial, pero de todas maneras no lo logro: intento inmortalizar ese momento en un par de clicks y, cautelosamente, hago sólo los suficientes para no caerme y rodar por la pendiente sin fin.

¡VIVA LA PATRIA!

El cuarto cruce sanmartiniano estuvo encabezado por el propio gobernador de San Juan, José Luis Gioja, y secundado por Marcelo Lima, intendente de la capital sanjuanina. Como invitado especial, acompañó a la comitiva el embajador francés Frédéric Baleine du Laurens. Al grito de ¡viva la patria! Gioja arengó a la tropa durante el trayecto hasta la frontera chilena, y Lima, eximio jinete y criador de caballos, estuvo atento a cada detalle.

Un párrafo aparte merece el embajador francés, que en ningún momento gozó de los beneficios propios de un diplomático de su rango. Por el contrario, se integró como “uno más” a la expedición, y prefirió completar los seis días a lomo de mula declinando la invitación de volver en helicóptero junto al gobernador tras el acto realizado en el Paso de Valle Hermoso en conmemoración a los 191 años de la batalla de Chacabuco.

La logística de la travesía, en la que participaron 76 personas entre dirigentes políticos, civiles y militares, estuvo a cargo de Gendarmería Nacional y el Regimiento de Infantería Número 22.





Un alto para descansar, llenar caramañolas y ajustar cinchas.



Una parada al pie del Cerro Yeso, una montaña blanca en medio del verde-amarillo-rojizo-marrón.

historia

La cima está nevada y quienes ya han venido en otras oportunidades dicen que es la primera vez que la ven así. El Espinacito representa la primera gran emoción del cruce, un cordón que une a las montañas más altas de estas latitudes, el Mercedario (6770 m) por un lado, y el Aconcagua (6960 m) por el otro, completando un marco impresionante. Algunos animales, exhaustos, no le dan tiempo al jinete a bajar y se echan en la nieve, de donde pareciera que nunca irán a levantarse. Los expedicionarios, también cansados pero emocionados, tomamos agua y algún que otro trago más espirituoso, brindamos, gritamos, hacemos fotos, y festejamos nuestro pequeño pedazo de epopeya sanmartiniana.

Aún queda la bajada, y varias horas por delante para llegar al refugio. Si subir es complicado, bajar con la vista al frente y clavada en el precipicio resulta temerario. Entonces la gran mayoría de los jinetes decide descender de la mula y hacer el tramo a pie, llevándola de las riendas. Es que balancearse sobre su lomo descendiendo en zigzag por aquella pendiente tan pronunciada hace temblar hasta al más osado. Y las piernas y rodillas, que no descansan a lomo de mula, ahora están más exigidas: hay que pisar firme en aquel terreno pedregoso y resbaladizo. Pero el entorno compensa. Y observar los cerros linderos rojo amarillentos de picos nevados bajo el cielo azulado transforma el miedo en placer y ayuda a transitar uno de los tramos más complicados de este viaje.

Al descender desembocamos en un extenso llano, y hacemos un alto para almorzar, exactamente en Las Vegas de Gallardo. Vegas son humedales –en la Patagonia se le llaman mallines–, un oasis verde en medio del desierto cordillerano, donde las mulas aprovechan para comer como si fuera la última vez. Aún falta un largo trecho para llegar al segundo campamento, el refugio Ingeniero Sardina, en pleno Valle de los Patos (sur), a la vera del río de los Patos.

Transitamos lentamente. Mi mula se detiene a pastar a cada instante, se la nota cansada, ofuscada y hambrienta. Y más ofuscado me encuentro yo, que no consigo dominarla. La jornada se hace muy extensa, es bien entrada la tarde y el sol castiga nuestras pieles resecas. El paisaje no da respiro y muta todo el tiempo. Ahora nos encontramos con una inmensa y particular montaña blanca en medio de tanto verde-amarillo-rojizo-marrón. Es el Cerro Yeso. Paramos al pie. Tomar agua, ajustar cinchas, sacar fotos, estirar piernas, desabrigarse, montar... La rutina de los Andes.

Entramos en el cauce de un río seco. Un hilo de agua corre por aquel valle gris piedra y, más allá de la curva, finalmente se ve un puntito al pie de un cerro. Debe ser el refugio. El valle parece no tener fin, atravesamos media docena de arroyos, calculo que llevamos unas siete horas de marcha, aunque el tiempo no es preciso en la cordillera. Y así, antes del atardecer, llegamos al refugio.

III EL DESCANSO Día libre y nadie se acerca a las mulas. Dormimos un poco más que de acostumbre, todos apiñados dentro del refugio de piedra en donde conviven cuatro gendarmes entre noviembre y diciembre, que cada tanto reciben la visita de diferentes expediciones. Hay que aprovechar este día para descansar, porque se viene la jornada cumbre, la llegada al límite chileno y el encuentro con nuestros vecinos trasandinos.

Algunos se bañan y charlan en el río, helado pero reparador. Otros prefieren subir a la cumbre del cerro que nos custodia, unos 700 metros más arriba. Es un día de sol y no hay mucho más para hacer que conversar, debatir sobre la figura de San Martín, compartir anécdotas y contemplar el mágico paisaje. Un suculento guiso de lentejas contribuye a la recuperación física y espiritual de la tropa. Y así, entre baños, mate, licores y recuerdos sanmartinianos, cae el sol y el cielo se puebla de estrellas. Los amantes de la astronomía están de fiesta. Para cerrar la noche, guitarreada a cargo de un personaje entrañable: "el Rulo", autodidacta en música y ocurrentes chistes. Lo acompaña Juan Italo Reinoso, un miembro de la asociación gaucha de Laboulaye, que no desentona con su guitarra.

IV EL ENCUENTRO Nos levantamos poco después del alba. La rutina de los Andes ya está incorporada. Pero mi animal me pone un escollo: no quiere ser montado, se retoba una y otra vez, hasta que pido un cambio y me toca Mariela, blanca y dócil.

>>>


Los músicos Rulo y Juan de Laboulaye en la guitarreada de alta montaña.


Hacia la frontera con Chile por el Valle de los Patos.

>>>

Debo apurar el paso, quedé rezagado; por suerte mi nueva compañera me hace caso y trotamos hasta alcanzar a la caravana.

Nos dirigimos hacia el Valle Hermoso, que según los investigadores sanjuaninos Claudio Monachesi y Eduardo Mendoza es el lugar por donde cruzó San Martín la primera de las ocho veces que lo hizo, tal como demuestran las cartas que llevaban los chasquis de un lado a otro.

En principio el trayecto es ameno. Vamos a paso firme por un llano semiárido, y subimos una ladera rodeando una especie de peñón, un río, ¡y otra vez al borde de un precipicio! Un guanaco solitario –seguramente expulsado de su manada– atrae la atención. La presencia de animales es casi nula en estas tierras, pero cada tanto un cóndor planea sobre nosotros.

De pronto, el Aconcagua se muestra nuevamente, y contemplarlo ayuda una vez más a vencer el temor al filo del abismo. Apuramos el paso, hay que llegar a la hora señalada para el encuentro con los colegas chilenos. Me pregunto cómo calculaba el tiempo y las distancias San Martín, sin reloj ni GPS, y con semejante cantidad de hombres a su cargo. A cada paso la epopeya libertadora cobra mayor dimensión. Valle Hermoso es el último lugar donde el Libertador durmió antes de cruzar a Chile y librar la batalla de Chacabuco. Entonces, con tanta historia en sus entrañas, el sitio se vuelve más significativo aún. Paisajes de esplendor, historia viva y la sensación de ser protagonistas de algo único e irrepetible: cruzar la Cordillera de los Andes, un cuento hecho realidad.

Una vez en el límite, emotivos abrazos, brindis de altura, y regalos sellan un encuentro en el que no faltan los discursos y el homenaje a la gesta histórica, el mismo día en que hace 191 años se libraba la batalla de Chacabuco, pilar fundamental de la liberación de América.

V LA VUELTA La mitad más uno de la expedición estaba cumplida. Ahora hay que retornar y el camino elegido ya no es por El Espinacito sino por el Portezuelo de la Honda, más corto que el anterior, pero también más peligroso. El clima no acompaña, está nublado y sopla el viento, los sombreros se vuelan, estamos agotados.

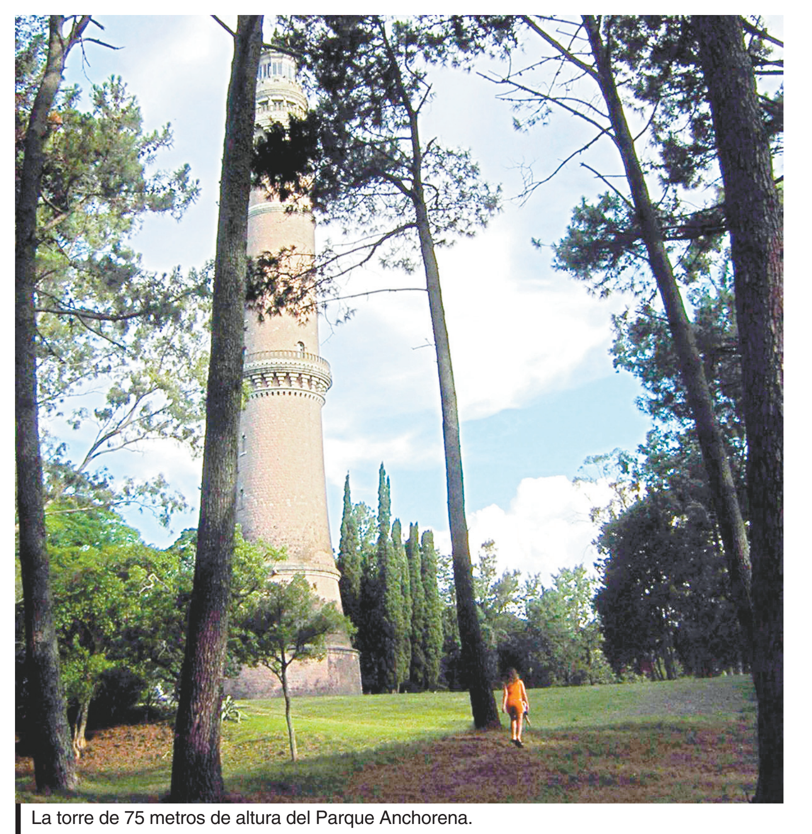
El vértigo es un fantasma que aparece cada tanto, pero aquí, en la Honda se hace presente en serio. Un abrupto desfiladero desciende cientos de metros a mi derecha, justo bajo mis pies. Las mulas suben a paso firme y miro de refilón a mis espaldas, apenas si me muevo para intentar una instantánea. Un paso en falso puede ser fatal. Así comienza el desafío final, bajar desde los 4200 m en que nos encontramos. El gran precipicio al frente y un zigzag infinito en el que a cada curva, freno y giro de la mula, parece que uno irá a desbarrancarse. El corazón late fuerte, ya no sé si es adrenalina o miedo.

El último campamento es en Altos de las Frías, un frío recuerdo de la primera noche. Pero aún falta un tramo más, otra cuesta muy empinada, conocida como La Ventana. El vértigo no pasa esta prueba y resuelvo bajarme de la mula. Tomo a Mariela de las riendas, que a la vez me sirven para afirmarme a cada resbalón. Al llegar, sólo atinamos a cenar y meternos en las carpas rápidamente. Es un lugar hostil y no hay voluntad de permanecer tomando fresco. Dentro de las carpas se escuchan risas y anécdotas, canto y guitarras hasta altas horas de la noche.

VI EL FINAL Desandamos el camino hacia el punto de partida, Estancias de Manantiales. El regreso me trae una sucesión de imágenes de la travesía y la inevitable comparación con el paso de José de San Martín, que utilizó aquellos últimos seis días para planificar la batalla Chacabuco, puerta de ingreso para la liberación de América. Esos mismos seis días que a nosotros nos tomó atravesar una geografía inhóspita, inabarcable para cualquier mortal; un homenaje a la historia que vale la pena. Y aunque las grandes epopeyas no se repitan, sólo se trata de mantener la llama viva.

DATOS UTILES

■ **Cómo llegar:** Aerolíneas Argentinas cuenta con un vuelo diario a San Juan. Tarifa: desde $720.
■ **Dónde dormir:** Aire Andino Apart Hotel: Sargento Cabral 701, San Juan. Tel.: 0264-4276520/21. Mail: *contacto@aireandinoapart.com*
■ **Excursión:** Fortuna Viajes y Turismo. Mariano Moreno s/n Barreal, San Juan.
www.fortunaviajes.com.ar/ *reservas@Afortunaviajes.com.ar*
02648-441004/0264-4506059/ 0264-4040913/ 0264-4040914



La torre de 75 metros de altura del Parque Anchorena.



Atardecer sobre el agua en calma de la desembocadura del río San Juan en el Río de la Plata.

TEXTO Y FOTOS: MARIANA LAFONT

URUGUAY *Barra de San Juan y Parque Anchorena*

Pequeños paraísos

A sólo 30 km de Colonia del Sacramento, en la Barra de San Juan, hay buenas playas de arenas blancas y un encantador lugar que bien vale la pena conocer. En el ángulo que forman el Río de la Plata y la desembocadura del río San Juan se encuentra el Parque Anchorena, un inmenso jardín con una magnífica mansión que perteneció al terrateniente argentino Aarón de Anchorena y fue legada al gobierno uruguayo como residencia presidencial de verano.

Una excelente manera de conocer el Parque Anchorena, otro de los singulares reductos uruguayos, es navegar por el Río de la Plata rumbo a la otra orilla y amarrar en la Barra de San Juan. Desde el agua es muy fácil identificar la barra –un banco de arena formado en la desembocadura de un río– ya que a lo lejos se divisa una llamativa torre de 75 metros de altura y 105 escalones en cuya base se encuentran los restos de quien la construyó y dio su nombre: Aarón de Anchorena. La torre es un homenaje al veneciano Sebastián Gaboto, uno de los tantos navegantes que pasaron por allí. De hecho, al extraer piedras para la construcción se hallaron restos de los españoles que ocuparon la zona así como trozos de utensilios que actualmente pueden verse en un pequeño museo.

Si el día es despejado, desde la Barra de San Juan se pueden ver los rascacielos de la vecina Buenos Aires y al atardecer, cuando el cielo se tiñe de rojo, las siluetas de ceibos y sauces criollos se dibujan en el horizonte. Para aquellos que suelen surcar el "mar marrón" este paseo es un clásico y su privilegiada ubicación entre Colonia y Carmelo lo hace una parada obligada. Lo ideal es quedarse a dormir en la barra, donde reina el más absoluto silencio, y al día siguiente visitar la pintoresca Colonia del Sacramento. O hacer el viaje a la inversa: tomar la Ruta 21 que parte de Colonia y doblar a la altura del kilómetro 200 para llegar así a la barra.

NAVEGANTES E INTREPIDOS VOLADORES El primer viajero que llegó a la zona fue Juan Díaz de Solís en 1516. Cuatro años más tarde lo haría Fernando de Magallanes, que continuó hacia el sur y descubrió el estrecho que hoy lleva su nombre. Gaboto arribó a estas costas en 1527 buscando las riquezas de un fabuloso Rey Blanco y un lugar llamado Sierra de Plata, de los que había oído hablar por relatos de náufragos de Solís. Sin embargo nada encontró y recién en 1542 los españoles se asentaron en la zona aunque no definitivamente: la población sólo duró unos meses. Finalmente, en 1681, fundaron la Guardia del San Juan para marcar la presencia española frente a la reciente fundación portuguesa de la Colonia del Sacramento.

Siglos más tarde, en 1907, Aarón Félix Martín de Anchorena, miembro de la familia que desde fines del siglo XVIII simbolizó el poder y la riqueza terrateniente en Argentina, realizó junto con el intrépido Jorge Newbery el primer cruce aéreo del Río de la Plata a bordo de su globo Pampero. El histórico vuelo –aventura pionera de la aeronáutica argentina–, unió la Sociedad Sportiva Argentina (actual Campo Argentino de Polo en Palermo) y la Estancia de Tomás Bell a unas 7 leguas de la costa en Conchillas, Uruguay. La aeronave remontó vuelo hacia el este, se internó en el río y luego de algunas dificultades aterrizó en el vecino país. Ese sería el primer contacto de Anchorena con su futuro paraíso, al que le dedicó años de su vida para embellecerlo y convertirlo en el parque que hoy lleva su nombre.

CAMPIÑA RIOPLATENSE Este inmenso jardín, que tanto recuerda a la campiña inglesa, alberga además de diversa flora autóctona, 150 variedades de especies exóticas entre las que se destacan robles, alcornoques, arces japoneses y distintos tipos de eucaliptos (traídos personalmente por Anchorena de Australia). Pero más insólito puede resultar avistar, en plena caminata, decenas de ciervos Axis, originarios de la India y descendientes de los que Anchorena había traído en la década del '20. El parque culmina y cae a las aguas del Río de la Plata en unas hermosas barrancas de roca calcárea donde hay huellas de moluscos de la Era Terciaria.

La residencia es una de las mansiones más hermosas de Sudamérica y merece una mención aparte dada la exquisitez de su arquitectura. La fachada es de estilo normando y la entrada de la casa principal mira hacia un gran parque con un lago artificial mientras que el lado oeste, de estilo Tudor, está orientado hacia el Río de la Plata. El interior es sobrio y confortable, y semeja el ambiente de una finca rural inglesa. Además cuenta con un pequeño museo en su interior que conserva muchas piezas paleontológicas halladas en la zona.

Luego del fallecimiento de Anchorena, el 24 de febrero de 1965, 1370 hectáreas de parque, edificaciones y valiosas colecciones de arte fueron legados al gobierno uruguayo. El testamento disponía que el parque fuera usado con fines educativos para la población (hoy es una reserva protegida) y que la residencia pasara a ser lugar de descanso de los jefes de Estado uruguayos. Otras 800 hectáreas fueron heredadas por su compañera, "La Negra", una hermosa mujer que lo acompañó los últimos 17 años y cuyo nombre hasta el día de hoy es un misterio.